

ATENEEO BARCELONES

INAUGURACION DEL CURSO DEL CENTENARIO

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR LOS

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ

Presidente de la entidad

Y

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a DE SAGARRA

Vocal de la Junta Directiva



Curso 1960-1961

Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 45.731

Arm. 215

Est. V vol V

MINISTERIO
DE CULTURA



ATENEU BARCELONES

INAUGURACION DEL CURSO DEL CENTENARIO

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR LOS

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ

Presidente de la entidad

Y

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a DE SAGARRA

Vocal de la Junta Directiva



MINISTERIO
DE CULTURA



R: 75.731

Excm. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ

EL PRESENTE Y EL FUTURO
DE LOS ATENEOS



MINISTERIO
DE CULTURA



Excmo. Sr. Ministro de Información:

El Excmo. Sr. D. Pedro Gual Villalbí, Presidente del Ateneo tiene la palabra.

Excmo. Sr. Gual Villalbí:

Excmo. Sr. Ministro; Excmos. e Ilmas. Autoridades; señoras y señores:

Hace unos pocos meses, al filo del término del curso anterior y asomándonos a las vacaciones estivales, el Ateneo cumplió sus primeros cien años. Durante este largo período han ocurrido muchas cosas en el mundo, en España, en nuestra región, en nuestra ciudad; grandes guerras, sangrientas revoluciones, convulsiones sociales, cambios políticos, fuertes sacudidas ideológicas, y el Ateneo ha sobrevivido a todo; esto indica cual es su fortaleza. Un siglo de existencia y de una labor acreditada, prestigiada, había que celebrarlo y la Junta entendió que el mejor modo de hacerlo, en consonancia con el carácter de nuestra Institución, era que toda la labor cultural que va a iniciarse, la ordinaria y la extraordinaria, pasase a la historia de nuestra entidad con el rótulo de «Curso del Centenario del Ateneo»; además, que la solemnidad de apertura se hiciese de una manera excepcional; y ya podéis ver que, por ser excepcional, se quiebra por primera vez el ritual reglamentario; también porque es excepcional contamos con la presencia de nuestro Ministro Sr. Arias Salgado, Ministro de Información, y quiero decir, para que valoreis exactamente su presencia entre nosotros, que aun el sábado por la mañana pensaba que no podía venir por causa de otros compromisos, y me rogaba insistentemente que le disculpase, porque los Ministros nunca saben ciertamente cuándo dispondrán de tiempo y de horario para sus propios propósitos. El hecho de que, superando todas las dificultades y obstáculos, el Sr. Arias Salgado esté hoy con nosotros significa algo. Admiramos al Sr. Arias Salgado por su talento, por su capacidad de trabajo, por su fino sentido político que le hace llevar con tanto celo y con tanta habilidad,

Una solemnidad evocadora.

diría, ese Ministerio hipersensible que es el Ministerio de Información; pero creo que hemos de admirarle también por sus condiciones humanas de afectuosidad y hoy rinde al Ateneo y a su Presidente, que es el que más le insistió en su invitación, una muestra de esta consideración afectiva.

Acompaña al Ministro, el Director General de Información señor Rodríguez Casado. El Sr. Rodríguez Casado, como Director de Información, es el nexo que une al Ateneo con el Ministerio. Estamos con él en una relación más continua; nunca faltó a estos actos solemnes de inauguración desde que es Director General, y sabe con qué cordialidad y con qué afecto le recibimos. Y están aquí las primeras autoridades y las más altas representaciones de la región, de la provincia y del Municipio; y luego, enmarcándolo, vosotros, este público, que estoy tan familiarizado con él, que cuando desde esta tribuna paso la vista sobre el mismo, yo no veo más que caras amigas y personas entrañablemente queridas. A todos la Junta Directiva del Ateneo os da las gracias, porque en esta solemnidad, que ha de ser memorable para nosotros, nos prestais el calor de vuestra asistencia.

El contenido de esta sesión del Centenario.

Los aniversarios familiares, cuando se celebran en reunión de la propia familia y los amigos invitados, se toman como ocasión propicia para recordar el pasado, considerar el presente y otear un poco el porvenir. Yo creo que los motivos que llenan la sesión de hoy no podían ser más que éstos; el pasado, el presente y el porvenir del Ateneo. Del pasado nos hablará en seguida nuestra gran literato y pensador Sr. Sagarra, que porque ha convivido espiritualmente identificado con el Ateneo durante largos años, creo que es el único que podía darnos, en la sesión de hoy, una síntesis, un bosquejo histórico conceptual y anecdótico y exponerlo en la forma en la que es maestro en hacerlo. Del presente me parece que no hay que hablar, porque lo actual está a la vista: un Ateneo físicamente remozado, con una labor cultural asidua en constante alerta, vigilando para adaptarse a las condiciones y circunstancias de los tiempos, no hemos de comentarlo, se comenta por los programas que mensualmente anuncian cuál es la labor que va a desarrollar el Ateneo. Queda hablar del futuro, y esto me parece que me corresponde a mí como Presidente de la Casa, porque el Presidente de una entidad es semejante al capitán de un barco que ha de mirar en lontananza para asegurar el rumbo. Así es que cuando el programa anuncia que el Presidente va a pronunciar unas palabras, éstas, se entiende, habrán de ser para hacer unas consideraciones sobre el futuro previsible del Ateneo.

Alguien dijo esta frase: «El hombre es la medida de todas las cosas». Y efectivamente, una de las circunstancias que más distingue al ser racional de los demás seres orgánicos vivos, es que el hombre tiene conciencia de la dimensión en el espacio y en el tiempo. Nosotros medimos la longitud, la superficie, el volumen, las alturas y los abismos y ahora hasta las grandes distancias siderales astronómicas; pero tiene mayor importancia que medimos el tiempo y esto nos da en nuestra conciencia la medida de lo que vivimos, de la duración de nuestra vida. Por esto, cuando celebramos un aniversario, sentimos un sentimiento mixto de satisfacción, porque superamos unas etapas, y a la vez hay también una sensación de inquietud, porque se restan las posibilidades de nuestra vida. Cuando pasamos de la infancia a la adolescencia, a la juventud plena, a la madurez, no hay más que sumandos, vamos consumiendo estas etapas con satisfacción; pero cuando llegamos al vértice y vamos al otro lado de la vertiente, entonces quizá nos domina esta otra sensación de resta, vamos aminorando las posibilidades de nuestra existencia y así la celebración de los aniversarios es esa mixtura de sentimientos contradictorios.

Pero esto no reza para los organismos colectivos, que tienen en potencia una duración ilimitada. Estos no han de pensar en su extinción; se renuevan las personas que los dirigen, se renuevan sus componentes, pero el espíritu de la entidad subsiste. Durante cien años, ¿cuántas Juntas directivas se han sucedido en esta casa? ¿Cuántas generaciones han sido sus componentes?; pero el Ateneo ha sido siempre el Ateneo, con su propio espíritu, porque cada una de las generaciones que pasan y cada uno de los dirigentes que han conducido la entidad, dejaron aquí unas partículas de su espíritu, el afán de moldear la entidad a las condiciones o circunstancias de su tiempo.

Sin embargo, porque las colectividades tengan una vida potencialmente ilimitada no quiere decir que no mueran, y mueren por varias causas: porque han conseguido su objeto, la finalidad para la que se crearon; o desaparecen porque se han anquilosado, ya sus órganos o instrumentos no están adecuados para la función; o se extinguen por una anemia orgánica, que es que van desapareciendo sus socios, la sangre del organismo, los glóbulos rojos que son los componentes de las entidades, sus socios; y finalmente, desaparecen por cualquier circunstancia eventual, una revolución en las ideas o en los hechos. Pero hay sobre estas causas una que es la que singularmente me preocupa como Presidente de esta Casa, y es cuando la entidad puede correr peligro de extinguirse porque está

Ilusión y angustia en medir el transcurso del tiempo.

Por qué motivos mueren o desaparecen los entes colectivos.

desacompasada con relación al tiempo, lo que ahora se llama un desfase. Entonces hemos de preguntarnos, ¿esta entidad subsiste únicamente por su tradición, como una reliquia de otros tiempos, por inercia social, o es todavía un cuerpo vivo que responde a una necesidad y a una función necesaria específicamente determinada?

Observad que las ideas se renuevan y cambian mucho más rápidamente que los organismos en que se plasmaron para que obtuviesen una realidad de efectividades positivas. Quiero decir, que todos los elementos, en principios fundamentales o substantivos y en reglas o principios normativos, que forman, por así decir, el nervio de cada tipo de cultura, cambian mucho más rápidamente que las instituciones que eran su vehículo o modo de expresión. Cuando esto ocurre, se produce una disonancia, una discordancia entre las ideas nuevas que pugnan por salir y los órganos de expresión anticuados. Esta mañana me preguntaba el periodista Del Arco si yo entendía que los Ateneos estaban verdaderamente a compás del tiempo, si no eran un anacronismo. Aparte de la contestación lacónica que le he tenido que dar como corresponde a una entrevista, es la pregunta que ahora me formulo ante vosotros mismos y he de contestarla.

En todo tiempo las corrientes del pensamiento, la expansión de la intelectualidad, ha buscado un espacio, un ambiente físico donde ponerse en contacto con el público; así fueron, en tiempos diferentes, el ágora, el foro, el atrio de los conventos o de las iglesias, el recinto de las universidades; también las academias, los liceos, los ateneos, los clubs y los círculos cuando son mixtos de culturales y recreativos. Cada uno de estos ambientes o medios (que llegan al extremo de que, como en el caso de la bohemia intelectual inglesa y hasta internacional, busca en Londres los rincones del Hyde Park para intentar formarse un público que les escuche, porque necesitan esto, el ambiente, el medio físico, el espacio), nos llevan a preguntarnos si cada una de las entidades que he citado, cada uno de esos medios o ambientes que constituyen, no tuvieron su oportunidad, su momento y estuvieron en consonancia con el tiempo. Así pensamos, por ejemplo, que los Ateneos pudieron ser fruto de una época, porque hubo unos tiempos en que florecieron de tal modo que los había de todas clases. En nuestra tierra había Ateneos con calificativos muy diversos, literarios, científicos, artísticos; otros que así como el nuestro lleva el adjetivo de «barcelonés», llevaban los nombres de barriadas, y también algunos se distinguían por un calificativo puramente político. Casi todos estos Ateneos desaparecieron; subsisten al-

El pensamiento busca un ámbito o espacio para ponerse a prueba.

gunos únicamente, y por esto nos preguntamos: ¿esa supervivencia de los Ateneos tiene alguna consistencia?, ¿están adecuados a las necesidades de su tiempo?

Esto quiero plantearlo en público, porque si esta mañana me lo preguntó un periodista, creo que se hacía eco de la duda de cuantos se preocupan por el Ateneo y en esta solemnidad de celebrar sus cien años es oportuno formularse el mismo interrogante. En seguida añadido, para dar respuesta, que nuestro Ateneo no es una antigualla y espero que no os sorprenderá si yo os digo que estoy hablando en este momento precisamente para expresar mi convencimiento de que el Ateneo sigue cumpliendo su finalidad. Cien años de existencia para una corporación nada son si demuestra su vitalidad cumpliendo su fin.

El fin del Ateneo es contribuir a la difusión de la cultura, a elevar el nivel de la misma y para ello tiene adecuados órganos del dispositivo material o instrumentos, que no son solamente esta sala de conferencias y las otras menores con que cuenta la Casa, sino también sus aulas de estudios, su gran biblioteca, hasta los rincones de sus tertulias, de donde sale el espíritu mismo del Ateneo, con las noticias y rumores de lo que aquí se comenta y ayuda a formar la opinión pública: «en el Ateneo se decía ayer»; «el otro día en el Ateneo se comentaba»... Esa vitalidad del Ateneo que se mantiene porque las Juntas están alerta, lo cual quiere decir que todavía el Ateneo es un organismo necesario de la cultura popular y lo es porque en toda época, en todo momento, por aquello que decía antes de que surgen las nuevas ideas y están en pugna a veces con la estructura de las entidades, éstas deben procurar adaptarse para que sean la tribuna donde las nuevas ideas se pongan a prueba, salgan a la luz pública, se analicen, se depuren en controversia y se aquilaten, para que cuando vayan al dominio público tengan contrastado su valor. De esta manera lo han hecho las Juntas de esta Casa.

Vivimos en un tiempo de gran agitación e inestabilidad en las ideas, se modifican rápidamente las costumbres, cambian las normas de la convivencia social, estamos, como he dicho en alguna ocasión, en este tránsito difícil y siempre muy dilatado, de una cultura que ha envejecido y ha de dejar paso a una cultura nueva que pugna por imponerse, pero que todavía tiene sus formas imprecisas, indefinidas. En esos largos procesos de renovación de un tipo de cultura (que si recordáis ha sido el tema, diría obsesionante, que me ha servido a mí para los discursos de inauguración de curso, puesto que cuantos discursos pronuncié en tales ocasiones no son más que estudio

El ateneo sigue en condiciones de llenar una misión cultural.

de las principales facetas, aspectos de esa evolución capital en las ideas y en las costumbres), en esos momentos difíciles del tránsito, es cuando más necesitamos focos de luz espiritual que nos alumbren el camino del pensamiento, faros de orientación, y el Ateneo es indudablemente uno de ellos, porque cuenta con esta prestigiosa tribuna donde, repito, han de exponerse serenamente las ideas, pero no los proyectos quiméricos de ideólogos desorientados, ni superficialidades de espontáneos, ni vengan aquí a desahogarse los resentimientos y las pasiones políticas, sino con la austeridad científica y la ecuanimidad que a esta tribuna corresponde. Así el Ateneo barcelonés cumple todavía una alta misión.

Alma siempre joven
en la casa vieja que
guarda la tradición.

Otra pregunta que me formulaba Del Arco: ¿por qué no abandonan ustedes este viejo caserón y van, para modernizarse y seguramente salir ganando, a instalarse en un edificio nuevo con todas las condiciones de los edificios modernos, que son más atractivos, confortables y responden mejor a este espíritu abierto de la juventud de nuestros días, que quiere aire, luz, movilidad?

Se me ocurre que en esto podemos tomar el símil de que, efectivamente, en el orden de las viviendas familiares estamos observando una cierta propensión casi general a que se abandonen los viejos caserones de fuertes sillares, de espaciosas habitaciones, de amplios ventanales y rancia solera y aire señorial, para ir a morar en otras que dicen son más confortables y tienen realmente algunos detalles o signos de confort, pero son reducidas, mínimas, de serie, hasta incómodas, en donde no se puede poner apenas un mobiliario y el menaje doméstico que era algo sustancial al espíritu familiar, que daba personalidad, pues cada uno adecuaba su casa según sus sentimientos, sus gustos, su posición o posibilidades. En cambio, en la casa moderna nada hay de esto; todas son simétricas, simplistas, sin carácter. La consecuencia del hogar moderno es, y hay que advertirlo, que contribuye grandemente, tal vez sin darnos cuenta, a la disolución de la familia, a la decadencia, a la relajación de los vínculos familiares, porque el hogar no atrae, falta de espacio y de ambiente, y éste es uno de los fenómenos más peligrosos de nuestro tiempo.

Este símil nos puede servir para nuestro Ateneo. Tenemos aquí un palacio con sólido basamento, espaciosos salones; hay local para todo: para una biblioteca amplísima, con su rico depósito de libros, salas de conferencias, aulas para las clases, restaurante, un jardín acogedor que es una atracción para el verano, y, sobre todo, esas salas recoletas de estudio y esas otras amplias en donde viven las tertulias del Ateneo, que

—como he dicho— son el espíritu del Ateneo mismo. No perdamos esto por la frivolidad de ir a alojarnos en un espacio rectangular, en una casa de dimensiones limitadas, donde puede que entrase más luz solar, pero el espíritu del Ateneo, su propia alma, se habría volatizado.

Esto es lo esencial de lo que quería decir con estas palabras mías.

Claro que si al Ateneo le incumbe una función, siempre puede y la debe perfeccionar. Por ejemplo, yo vería con gusto que existiese un intercambio más estrecho con los Ateneos de nuestro país y con las organizaciones similares extranjeras; intercambio de conferenciantes, de cursos y exposiciones. Me parece que deberíamos hacer como hacemos en la parte filológica, organizar unos cursos sistematizados, no conferencias sueltas, sobre materias sociológicas y económicas de actualidad; esforzarnos, como lo estamos haciendo pero en la mayor medida posible, para modernizar nuestro Ateneo y acomodarlo en lo posible y sin perder su carácter, de acuerdo con las ideas y necesidades de los tiempos. Es decir, alojar en esta casona que guarda la tradición del Ateneo, el alma joven de las generaciones que se renuevan. Si lo hacemos así, creo que al celebrar hoy el primer centenario del Ateneo podemos decir que, si bien ninguno de nosotros lo veremos, pues nos sucederán otras generaciones, nosotros dejaremos aquí parte de nuestro espíritu, de nuestras ideas, de las concepciones de nuestro tiempo; las generaciones venideras harán lo mismo y así se sucederán para cumplirse un día el segundo centenario en que los que dirijan la Casa recordarán la efemérides de este que celebramos. Esta es la vida del Ateneo, esto es lo que yo deseo y todos deseamos, hacer votos para que el Ateneo cumpla otro centenario y así mi final es decir: ¡que así sea! (Aplausos prolongados.)

MINISTERIO
DE CULTURA



Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a DE SAGARRA

LOS CIEN PRIMEROS AÑOS
DE NUESTRO ATENEO



MINISTERIO
DE CULTURA



Excmo. Sr. Ministro de Información, Excmo. Sr. Ministro del Estado Español, Presidente del Ateneo, Ilmo. Sr. Director General de Información, Emtmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo-Obispo, Excmas. e Ilmas. Autoridades, señoras, señores, amigos y compañeros ateneístas:

Una cierta emoción, una cierta responsabilidad están ahora en mi ánimo, porque estos cien años de vida de nuestro Ateneo que me propongo sintetizar, representan no sólo el paso del tiempo sobre la existencia de una entidad cultural, sino el brillante reflejo en la realidad de una corporación ilustre de todo lo que intelectualmente, económicamente, socialmente y políticamente representa algo de tanto volumen como es nuestra ciudad de Barcelona durante la prolongada vivencia de un siglo. Cien años de nuestro Ateneo son cien años de historia de Barcelona, y por esto he aludido a la cierta responsabilidad que incumbe el incluir en un breve parlamento la realidad de esos cien años, y también he hablado de emoción porque este Ateneo está tan entrañable unido a mi intimidad intelectual, a mi vocación y a tantas anécdotas de mi vida, que puedo decir que de su primer centenario que celebramos, la mitad, los últimos cincuenta años, constituyen una gran parte del clima donde se han desarrollado mis últimos cincuenta años. Los diez últimos lustros del Ateneo me pertenecen en absoluto; y si como es natural, por no estar en edad tan avanzada, no he vivido yo los diez primeros lustros, sí puedo asegurar que, en mis recuerdos infantiles y adolescentes, está la presencia real de algunas personalidades insignes que fueron alma y regencia de esta institución, hasta el punto de haber conocido personalmente a más de una de las que realizaron su momento fundacional. No se crea, por esto, ni por causa de esta emoción mía, que mis palabras sean un lírico arrebató en honor de las nobles paredes que nos acogen. Mi deber es contarles a ustedes, llana y objetivamente, la historia del Ateneo Barcelonés, y como de esta historia quizá lo más ameno sea lo menos conocido, procuraré enriquecer el relato de lo que constituye los primeros años, los tiempos heroicos del Ateneo Barcelonés, y estos tiempos relatarlos en proporción mayor a la noticia que pretendo dar de un Ateneo ya metido en los azares del presente siglo, y por consiguiente más próximo a la conciencia de los que me escuchan. Situémonos, pues, con un poco de imaginación, en el ambiente barcelonés del año 1860. Después de la bicalvarada que acabó con la corrupción del gobierno impopular del Conde de San Luis, y después de motines, revueltas, represiones, desastres, destrucciones, incendios

y no pocos fusilamientos, con el apéndice de otra nueva Constitución que no logró promulgarse, se produjo, por fin, el predominio de los hombres de la Unión Liberal y, con el acertado gobierno del general O'Donnell, puede decirse que nuestro país vivió los mejores, aunque muy breves, años de paz y prosperidad dentro del triste reinado de Doña Isabel II. Como corona de aquellos relativamente afortunados años, la victoriosa guerra de Africa y el tratado de paz con el Sultán de Marruecos en abril de 1860, trajo al ánimo de la mayoría de los españoles un anhelado optimismo, una halagüeña esperanza y el buen deseo de colaborar todos en la reconstrucción nacional. En Cataluña, y en Barcelona quizás con más fuerza que en otras regiones y provincias, habían repercutido los acontecimientos. Paralelamente a las explosiones de luchas civiles, empezaron ya los conflictos de tipo social, manifestándose con la oposición al maquinismo y con las subsiguientes huelgas, algaradas y motines, así es que los oportunos años de O'Donnell aquí se sintieron también con más eficacia y fueron para nuestra industria y para nuestro comercio, años de grandes adelantos y prosperidades. Barcelona vivía en 1860 desahogado, ambicioso, lleno de buenas intenciones y rico en pingües beneficios, es decir, había llegado el momento de realizar aquel deseo que ya 24 años antes animó a unos beneméritos ciudadanos, porque, precisamente el 21 de abril de 1836, el «Diario de Barcelona» había publicado el siguiente aviso: «Algunos amigos de la ilustración, excitados por el Sr. Gobernador Civil, se reunieron en esta ciudad a fin de difundir los conocimientos útiles a todas las clases y resolvieron, para lograrlo, establecer el Ateneo Catalán, cuyas principales bases y estatutos fueron aprobados en varias sesiones.» Pero aquellos amigos de la ilustración se quedaron con sus buenos propósitos. La guerra civil y todas las circunstancias posteriores que ensangrentaron, desbarataron y envilecieron al país, tenían que aplazarlos hasta un cuarto de siglo, pero por fin, como he dicho antes, había llegado el momento, gracias a la paz y a la prosperidad del Gobierno de O'Donnell y al optimismo que difundió la guerra de Africa. Así, pues, aprovechando las propicias circunstancias, se inauguró el 21 de mayo de 1860 aquel Ateneo Catalán que había quedado en suspenso, y oigan ustedes cómo: Los futuros socios, bajo la presidencia del Gobernador Civil de la Provincia, Don Ignacio Llasera y Esteve, se reunieron en el salón principal del ex-palacio de los marqueses de Castellidosrius, situado en la calle de Escudillers, a la esquina del actual pasaje del mismo nombre. Después de leída la real orden por la cual en el día 14 del mes anterior habían sido aprobados los Estatutos de la sociedad, el señor Don Francisco Permanyer manifestó que su compañero Don Ramón Anglasesell, catedrático de Economía Política de esta Universidad Literaria, encargado de llevar la palabra en nombre de la Comisión constitutiva del Ateneo, no podía asistir a la sesión y por cuyo motivo le había rogado que, en su representación, leyese el discurso inaugural. Del

discurso del señor Anglasesell, para que se vea a qué clase de rancia y honesta retórica debemos nuestra existencia social, entresaco el siguiente párrafo: «¿Adónde vamos? Vamos, señores, a hacer el bien en todas las esferas; a procurar en beneficio de la propiedad rústica y urbana, de la industria fabril y del comercio; la difusión de los conocimientos, el planteamiento de instituciones útiles y cuanto pueda favorecerlas y reanimarlas en beneficio de los propietarios, manufactureros, comerciantes, hombres de letras y profesores de las artes liberales. Vamos a ocuparnos de la ciencia por amor a la ciencia, del arte, por amor al arte, y de la beneficencia en pro de los desvalidos por el amor inmenso que sentimos por todos los desventurados. Vamos a dar y a recibir mutuamente sin aquilatar el interés de lo que recibimos ni parar mientes en el valor de lo que damos. Este es el fin a que el Ateneo nos conduce, su enseñanza es el bien, la verdad, la utilidad, la belleza y la unión y buena inteligencia entre las poblaciones y las provincias hermanas.» Después de este programa magnífico de Don Ramón Anglasesell, manifestó el señor Gobernador Civil que para dejar constituido el Ateneo era necesario que cada una de sus secciones nombrase los individuos que debían formar las respectivas mesas, y, además, otros dos para la Junta Directiva, y con este objeto levantaba la sesión por unos minutos. Reunidas las secciones y después de estos nombramientos, se pasó a votar definitivamente la primera Junta Directiva del Ateneo Catalán. Resultaron elegidos: Presidente, Don Juan Agell; Vice-Presidente, Don Tomás Coma; Secretario, Don Estanislao Reynals y Rabassa; Vice-Secretario, Don Modesto Lleó; Tesorero, Don Manuel Girona; Contador, Don José Ferrer Vidal; Bibliotecario, Don Manuel Milá y Fontanals; Conservador, Don Elías Rogent. (Aplausos.) Tras esto el Sr. Presidente declaró constituido el Ateneo Catalán. Ahora bien, me interesa hoy, a cien años de distancia, llamar la atención de ustedes, especialmente de los que, entrados en la madurez sienten su espíritu vinculado a nuestra historia contemporánea, sobre el peso específico y sobre la gran categoría de nuestra primera Junta de Gobierno. Piensen ustedes en la fecundidad de los nombres citados y en la trascendencia que aquellas figuras patricias que en su momento representaron una auténtica selección, y piensen ustedes hasta qué punto honra a nuestra Entidad una tan alta ascendencia; y es curioso apreciar cómo aquellos buenos señores de mil ochocientos sesenta, les deslumbraba la idea del progreso científico y les encandilaba la técnica, y cómo esto se revela en la elección de nuestro primer presidente. Porque no escogieron a la gran figura literaria que era Milá y Fontanals, ni a los egregios juristas y publicistas que podían ser Durán y Bas o Reynals y Rabassa, ni se inclinaron de momento hacia el primer ciudadano de las finanzas que era Don Manuel Girona, ni hacia el poderoso magnate de la industria que era Don José Ferrer Vidal. Nuestros antiguos ateneístas de 1860 eligieron para presidirles a un puro hom-

bre de ciencia, a Don Juan Agell y Torrents, que nacido en Sanahuja en 1809 y muerto en Barcelona en 1869, fue Catedrático de Mecánica, de Física Experimental y de Química, y fue Director de la Escuela Industrial y Rector de nuestra Universidad en 1863, y estudioso de la electricidad y de la telegrafía, dio a conocer en 1845 un telégrafo de su invención que en 1850 perfeccionó notablemente. Durante los 8 años que van de la fundación del Ateneo a la revolución de Septiembre, presidieron nuestra entidad los siguientes señores: Don Juan Agell, Don Pablo Milá y Fontanals, Don Ramón Anglasell, Don Ramón Ferrer y Garcés, Don Pablo Valls, Don José Ferrer Vidal, otra vez Don Juan Agell y Don Manuel Durán y Bas. Durante este período relativamente pacífico bajo la espada del general Narváez, en el ex-palacio de Castellsosrius, situado en la calle de Escudillers, y en su salón de cátedras, la buena voluntad del discurso inaugural del señor Anglasell dio copiosos frutos. Fue tema preferente de la sección de Ciencias Físicas el *Ictíneo*, de Don Narciso Monturiol que tanto preocupó a sabios y a profanos. La sección de industrias se ocupó en redactar las bases para un proyecto de ley sobre la Propiedad Industrial que debía elevarse a las Cortes y concibió la idea de erigir un gran palacio de exposiciones artísticas e industriales digno de Barcelona. En la sección de Bellas Artes, se suscitaron dos grandes temas: construir la fachada de nuestra Catedral y restaurar el Monasterio de Ripoll. Estudió la manera de recoger las canciones populares e imprimirlas, y propuso pedir una ley que obligase a los Ayuntamientos a asesorarse de una Junta Provincial para salvaguardar los tesoros artísticos. La sección de Ciencias Morales y Políticas se ocupó varias veces de la manera de conciliar los Códigos de tipo unitario con las Instituciones de Derecho de las distintas regiones; de la manera de crear en nuestra ciudad un Banco Hipotecario; de la conveniencia o inconveniencia de un sistema aduanero que, a la manera del Zolverein, uniese a España con Portugal en lo relativo a los derechos de importación y exportación. En 1864 el Ateneo costeó un premio destinado a los Juegos Florales y otro a las sociedades Corales. No quiero fatigar a ustedes con los temas tratados y los nombres de los conferenciantes que acreditan la fecundidad cultural de estos primeros años, pero es curioso apuntar el discurso que en 1865 leyó el Presidente Don José Ferrer Vidal y que entonces fue calificado de trascendental y sustancioso porque de una manera tremenda y jeremiaca arremetió contra todas las imperfecciones y calamidades del país, y declarando la gran pereza y las pocas ganas de trabajar como las causas de tantos males, acabó con esta frase: «Y si el objeto de este Ateneo es fomentar el amor al trabajo y perfeccionarlo y desarrollarlo en sus múltiples y variadas ramificaciones, creo que no queda duda alguna de que podemos afirmar y sostener que es altamente patriótico el objeto que anima nuestra sociedad; sí, es altamente patriótico, porque fomenta el trabajo en

todas sus ramificaciones, porque sin trabajo no hay productos, no hay progreso, no hay independencia, ni hay patria.» A estos y a otros bien intencionados escarceos académicos y en obras de enjundia, como la reseña histórico-crítica de los antiguos poetas catalanes de Don Manuel Milá y Fontanals que obtuvo un premio del Ateneo, nos sorprendió estando en la Presidencia el reputado jurisconsulto Don Francisco Barret, la famosa revolución de septiembre de 1868, y el pobre señor Barret, quieras o no quieras, tuvo que amoldarse un poco a las circunstancias y por esto, en el discurso inaugural, se vio obligado a manifestar lo siguiente: «El Ateneo Catalán no es ni probablemente será nunca, una sociedad política; el Ateneo ha disfrutado de hecho de la más alta libertad de discusión, sin embargo, de la tolerancia completa que se disfrutaba, me proponía hacerme eco de la legítima aspiración de algunos socios a que se convierta en libertad de derecho, cuando ha cesado, a mi entender, la oportunidad de hablar de ello. Un gran acontecimiento político trayendo un nuevo orden de cosas a nuestra Patria y con él la proclamación de todas las libertades, hace que el artículo 8.º del Reglamento, que prohibía las discusiones políticas y religiosas, no tenga ya razón de ser, así lo ha creído al menos la Junta Directiva». El Ateneo se dispuso a pasar el temporal, y entre los pocos actos que se celebraron en aquel curso, puedo citar, como sintomáticos, las tres veladas que ocupó Don Joaquín Fontanals del Castillo con «Algunos recuerdos de las revoluciones democráticas francesas en 1789 y en 1848», y las cuatro sesiones públicas que ocupó Don Narciso Monturiol con la lectura de un ensayo sobre «El arte de navegar por debajo de las aguas». Tristes fueron, para el Ateneo, el año 69 y 70 con las presidencias del Dr. Letamendi y de Don Timoteo Capella, ya que a todos los desastres nacionales se unió la epidemia del cólera, y con la presidencia de Don Joaquín Cadafalch en 1871 se acaba la primera etapa de nuestra institución, puesto que en el curso de 1872, bajo la presidencia de Don Manuel Durán y Bas y reinando en España Don Amadeo de Saboya, a nuestro Ateneo le cupo la oportunidad de cambiar de nombre y cambiar de domicilio. Los últimos años de la vida pública no nos habían favorecido económicamente, como tampoco favorecieron al llamado Casino Mercantil Barcelonés, otra entidad que atravesaba un momento de decadencia. Ambas sociedades tenían una brillante historia, entrambas se gloriaban de contar entre sus individuos a personalidades de primera línea, y si a las dos les faltaba una inyección vital, tanto los socios del Casino como los de nuestro Ateneo pensaron en una posible fusión como remedio eficacísimo para salvar la desfallecida existencia de las dos corporaciones. Estudiada la conveniencia del proyecto por sus respectivas Juntas y por las Comisiones que al efecto se nombraron, y cumplidos los requisitos reglamentarios sin los cuales no podía adoptarse una resolución de tanta trascendencia, en la noche del día 11 de abril de 1872, reunidos en

Junta General por primera vez los socios del Ateneo, dieron su sanción al acuerdo de la Junta Directiva. Realizóse la fusión adoptando la nueva sociedad los Estatutos y aun el nombre de la nuestra en lo que tiene de sustantivo, y tomando del Casino, además del adjetivo, el domicilio, por donde vinimos a titularnos «Ateneo Barcelonés» y trasladar nuestro local social a la Rambla de Capuchinos, 27, donde estaba instalado el Círculo, ocupando el edificio contiguo y parte del primer piso, del Teatro Principal, inmuebles que pertenecían al Hospital de la Santa Cruz. Eran a la sazón Presidente y Secretario, respectivamente, del Ateneo, Don Eduardo Gibert y Don José Rius, y del Casino Mercantil, D. José Antonio Nadal y D. Cipriano Pozzi, pero habiendo dimitido ambas juntas para que pudiese formarse otra en la cual tuviesen cabida las dos corporaciones, eligióse de este modo una Junta definitiva, que se constituyó el 8 de mayo, nombrando Presidente a Don Manuel Durán y Bas, y Secretario a D. Cayetano Vidal y Valenciano. De momento, con la fusión la prosperidad favoreció al recién nacido Ateneo Barcelonés, pero las horas políticas eran más que graves y aconsejaban la prudencia y la circunspección. Por esto, en el año académico de 1873 a 1874 sólo se vio ocupada la cátedra una sola vez y por el Presidente Don José Ferrer Vidal. No crean ustedes que el Sr. Ferrer Vidal se dedicase a comentar los azares de la desmelenada y efímera República, ni los desastres de la guerra civil, ni las barricadas y tiroteos que ensangrentaban nuestras calles; nada de eso. Don José Ferrer Vidal, consecuente con su sesuda y conservadora mentalidad, disertó sobre «El arte de hilar y tejer el algodón», con una dialéctica impermeable a todas las algaradas callejeras y a todos los desmanes tribunicios. Ya ven ustedes si era práctico y positivo el patriotismo de Don José Ferrer Vidal. Por fin, el golpe de Sagunto, en 29 de diciembre de aquel mismo año, y los optimistas clarines de la restauración, volvieron el optimismo y la actividad a nuestro Ateneo Barcelonés. Felices fueron las presidencias de Don Francisco López Fabra, Don Manuel Durán y Bas, Don Ignacio María de Ferrán, Don Joaquín Cadafalch, Don Manuel Angelón y Don Bartolomé Robert, que de 1875 a 1881 rigieron nuestra entidad. Si les leyese a ustedes sólo la reseña de los actos culturales y las conferencias que se pronunciaron en el solo ejercicio de 1878 a 1879, estoy seguro que les abrumaría con tanta diversidad de temas y tan heterogénea mezcla de personajes. Les chocaría a ustedes que el doctor Salvador Cardenal y el Dr. Bartolomé Robert disertasen sobre la triquinosis y la tisis. Que Don José Roca y Roca hablase de la familia del obrero, y Don Juan Maluquer y Viladot ocupase dos sesiones con el tema de la India, los Bedas y el Código de manú. No dudo que encontrarán ustedes un ingenuo sabor ochocentista en la visita que el 16 de octubre de aquel mismo año de 1879, nos hizo Don Antonio Cánovas del Castillo, al cual dedicó la Junta directiva, como era costumbre en tales ocasiones, una solemne velada literaria. En

ella leyeron Don Juan Sardá un discurso titulado «El catalanismo y la literatura catalana»; Don Federico Rahola, una poesía titulada «Paradojas»; Don Pedro Nanot y Renart, un fragmento titulado «Costumbres de Barcelona a principios del siglo xvii», y, ¡asómbrense ustedes!, Don Melchor de Palau recitó una oda a la Geología. Yo no puedo imaginarme cómo le sentaría al socarrón espíritu gaditano de Don Antonio, aquella oda a la geología de Don Melchor de Palau, pero como que Cánovas era una persona bien educada, agradeció este acto con un discurso magnífico, según reza en el Boletín del Ateneo. Pero si esto ocurría en 1879, dos años antes, Don Manuel Durán y Bas había invitado a Mosen Jacinto Verdaguer para que leyese en nuestra tribuna unos fragmentos de la recién nacida Atlántida.

Parece ser que fue preocupación constante del Ateneo la ambición de poseer un edificio propio. Nuestro domicilio en la Plaza del Teatro y aquella bella rotonda donde celebramos los actos públicos, eran insuficientes para el número de socios y para la importancia cada vez mayor de la entidad. Desde el año 1883 al 1890, y sobre todo durante las dos presidencias de Don Manuel Girona, el soñado edificio adquirió perfiles de realidad. Don Manuel, que fue en su tiempo el ciudadano número uno en el mundo de los Bancos, de los negocios y de las empresas, y que a su manera tenía mucho de constructor y hasta de mecenas, quiso ser generoso con aquel Ateneo que él había contribuido a crear y que presidía entonces. Don Manuel propuso para nuestra Corporación un magnífico edificio que en las Ramblas albergaba entonces a la Guardia Civil, y su plan era construir otro nuevo para la benemérita a fin de realizar la permuta con nuestra entidad. El asunto se arrastró por los ministerios, obtuvo una Real Orden favorable, pero luego el Cuerpo, el Ateneo y la Hacienda pública no acababan de ponerse de acuerdo, y después de cinco años de trámites y buenas palabras se desechó el asunto sin que sepa yo cómo Don Manuel Girona solucionó el problema del capital que tenía invertido en él; lo que sé, es que el Ateneo consideró la empresa superior a sus fuerzas económicas a pesar de todas las facilidades y ventajas que ofreciera Don Manuel. No por esto dejó de preocupar el asunto del local. En 1892 se habla de gestionar acerca de algún propietario que esté en condiciones para construir un edificio según las necesidades del Ateneo y de la manera de llegar a un arreglo económico. Otras formas se sugieren, por parte de don José Garriga y Nogués, y en 1896, siendo Presidente don Valentín Almirall y secretario Don Enrique Prat de la Riba, se hace pública esta proposición: «¿Cree el Ateneo llegada la oportunidad de gestionar nuevamente la adquisición o la construcción por su cuenta de un edificio que responda cumplidamente a la realización de sus fines?» Esta proposición no cayó en el vacío, siguió apasionando los más vivos sectores de nuestra entidad y por fin, como veremos, obtuvo al cabo

de nueve años, una magnífica solución. Mientras se debaten los problemas del edificio, habíamos, en 1881, bajo la presidencia del Dr. Robert, concedido permiso a las señoras para entrar a la sala de conferencias y sentarse al lado de los caballeros. Este primer acto de tendencia feminista no se vio completado hasta al cabo de 27 años, cuando en 1908 y bajo la presidencia del Dr. Roca y Heras, la Junta directiva aceptó la proposición de socio residente de la Srta. Leonor Serra y Cisa. Esta señorita, primer socio femenino del Ateneo, fue felicitada por la Junta y se hicieron votos para que su gesto tuviera imitadoras. Durante la Exposición del 88, el Ateneo vibró al unísono con el entusiasmo de la ciudad y en su tribuna se trataron un sin fin de temas físicos, metafísicos y morales relacionados con la idea de la exposición universal. Entramos en la última década del siglo XIX; grandes hechos sociales y políticos influyen en la vida cada vez más auténtica y cada vez más pujante de nuestra corporación. El Ateneo deja en ciertos momentos su eclecticismo para influir en la vida pública. Son los años que nos presiden figuras como Yxart y Moragas, Pella y Forgas, Mascaró y Capella, Angel Guimerá, Valentín Almirall y Juan Permanyer. Aparece en los últimos cursos del siglo la figura del arquitecto historiador, publicista y político don Luis Doménech y Muntaner, que tan profundamente ahondará en el gobierno de esta casa, y por fin el 1900 nos sorprende bajo la ilustre presidencia del Dr. D. Bartolomé Robert, el cual en aquel momento nacía a la popularidad pública para morir al cabo de dos años. Como dato, creo yo satisfactorio, debo decirles que en la Junta directiva extraordinaria del 2 de diciembre de 1899 adquirimos por el precio de quince mil pesetas la total biblioteca de D. Jaime Amer, que con sus manuscritos, con sus incunables y sus raras y apreciadas ediciones, constituye uno de los fondos bibliográficos más importantes de nuestra ciudad; ¡por quince mil pesetas! Con el nuevo siglo y con los últimos años de residencia en nuestro local de la Plaza del Teatro, vivimos la presidencia de D. Ramón Picó y Campamar, de don Raimundo de Abadal y de D. Juan Maragall, que en nuestra tribuna presidencial ve culminado su prestigio de hombre y de poeta, leyendo ante la más enfervorizada multitud y ante lo más selecto de una compleja sociedad, aquel su famosísimo texto que lleva por título «Elogi de la paraula».

Pero el gran problema que agitó al Ateneo durante aquellos primeros años del presente siglo fue el que de una manera latente seguía arrastrándose en la conciencia de los socios y de los directivos: la necesidad de tener casa propia y hogar digno de nuestra importancia social. La manera como nos hicimos dueños del noble palacio que les acoge a ustedes en este preciso momento, vale la pena de ser brevemente reseñada. En la Junta directiva del 11 de abril de 1902, siendo presidente don Ramón Picó y Campamar, se lee una comunicación de D. Julio Parellada ofreciendo al Ateneo la compra de un inmue-

ble de su propiedad situado en el número 6 de la calle de la Canuda. El 15 de abril, el directivo Sr. Moliner y Brasés dio cuenta del último precio que pedía don Julio Parellada por su inmueble, y se acuerda que una comisión gestione un préstamo con el Banco Hipotecario. El 24 de abril se comunica que el Banco sólo presta el 60 por 100 del valor de la finca. Antes de presentar el asunto a la Junta general se puntualizan y acuerdan determinadas operaciones bancarias. El 30 de mayo se acuerda que los arquitectos Font y Gumá y Buenaventura Basegoda, secretario de la Junta directiva, hagan una valoración de la casa Parellada, redactando las bases para presentar a la Junta general. El 23 de junio surgen disensiones entre D. Julio Parellada y la Junta directiva. El propietario intenta eludir compromisos contraídos y se dispone a vender la casa a las monjas del Sagrado Corazón. Se entabla un pleito con el señor Parellada y se nombran procuradores del Ateneo a Don Narciso Oller y a D. Pelegrín Casares y Gramatxes. Los incidentes judiciales se prolongan un año, y el 5 de julio de 1904, presidiendo don Juan Maragall, se encargan del asunto los letrados D. Raimundo de Abadal y D. Jaime Carner. Las cosas se complican pero, después de un dictamen emitido por D. Juan Permanyer, Decano del Colegio de Abogados y D. Juan de Dios Trias y Giró, expresidente de la Academia de Jurisprudencia, D. Julio Parellada acepta las nuevas gestiones para llegar a la transacción del pleito. El 27 de diciembre de 1904 se acepta en principio la oferta de arreglo con el señor Parellada hecha por su abogado, consistiendo en que el Ateneo adquiriera el inmueble por ciento veinticinco mil duros con las restantes condiciones del primitivo trato. Por fin, el 3 de marzo de 1905, después de las gestiones de otra Comisión nombrada y de la intervención de los letrados don Jaime Carner y de D. Joaquín Lluhí y Rissac, el señor Parellada da su conformidad a todas las bases del convenio y el presidente D. Luis Doménech y Montaner convoca Junta general para el día 27 de marzo con objeto de someter a su juicio supremo la adquisición del inmueble número 6 de la calle de la Canuda, consistente en el bello palacio construido en el año 1797 por don Antonio de Ferrer, barón de Sabasona y del cual es propietario don Julio Parellada. Ahora bien, esta Junta general del 27 de marzo de 1905 fue quizás el episodio más vivo y apasionante de toda la historia de nuestro Ateneo. En ella se enfrentaron dos marcadas tendencias: la de la mayoría de los socios que aspiraba al hogar digno y propio, y en la que se sumaban todos los elementos jóvenes y entre los maduros se distinguía el espíritu de los que regían la casa y que políticamente y culturalmente luchaban bajo la bandera de la Liga Regionalista, entonces en pleno auge, y la tendencia de los protestatarios porque precisamente no estaban en el poder y que por lo tanto tenían que manifestar su opinión ante las decisiones de los que mandaban. Entre ellos se sumaban los viejos republicanos y los nuevos simpatizantes con el partido radical, los residuos de los acaba-

dos caciquismos locales y todos los resentidos, los que formaban grupo aparte porque no coincidían con nadie, y aquel contingente, que siempre se produce en una colectividad, y cuya consigna es la de votar en contra por el solo placer de votar en contra. La Asamblea se reunió en el salón de la Lonja de Mar y enorme fue el alboroto que se armó en aquella Junta general, y grande el griterío que se levantó a placer de ambas partes. Menudearon las proposiciones y las subproposiciones en contra de lo que presentaba la Junta directiva, y después de varias votaciones parciales, los que representaban la oposición juntaron sus cabezas y opiniones en la de Don Amadeo Hurtado, el cual formuló la siguiente proposición para que fuese votada: desautorizar a la Junta directiva por haber tomado decisiones en un asunto tan importante sin consultar previamente a la Junta general, y nombrar una comisión en la que estén representadas todas las tendencias del Ateneo para dictaminar si la casa Parellada reúne las condiciones que exige la entidad. La proposición de Don Amadeo Hurtado sufrió una aplastante derrota, y por enorme mayoría de votos se acordó, pues, la compra de la casa número 6 de la calle de la Canuda, y no habiendo otros asuntos de que tratar, la sesión se levantó a las cinco de la madrugada siguiente. Yo, señores, tenía once años cuando se celebró aquella notable Junta general, y recuerdo todos los incidentes explicados por boca de mi padre, que votó, naturalmente, por la adquisición de la casa y que se lamentaba porque él, hombre de tan modigeradas costumbres, por un asunto que afectaba a la cultura de nuestro país, había cometido la calaverada de acostarse a las seis de la mañana. Un año tardamos en realizar las obras para nuestra definitiva instalación en este local que ocupamos desde hace más de medio siglo, y aquí hasta el año 1911 nos presidieron don Luis Doménech, D. Ildefonso Suñol y Casanovas, D. Joaquín Lluhí y Rissech, D. José María Roca y Heras, y D. Luis Mariano Vidal. En 1911 entré yo como socio residente de esta casa y fui el elemento más joven de una famosa peña destinada a regir los destinos de nuestra entidad. Vivimos entonces, durante nueve años, el dominio de los que llamábamos los viejos y los venerables de la casa, y en todo aquel período don Luis Doménech y Montaner y D. José María Roca y Heras se turnaron en la presidencia, ejerciendo, ellos y su grupo, un paternalismo no sé si de caciques o de dictadores, pero mereciendo toda la consideración y debiéndoles el Ateneo muchísimo, a nosotros nos parecía algo pasado de moda, y algo que pugnaba con el espíritu de los nuevos aires, de las nuevas ambiciones y de las nuevas ilusiones de entonces. A pesar de que los que mandaban legalmente eran los viejos, los que influían en el Ateneo, los que vivían todas sus circunstancias éramos nosotros. Nuestra peña ecléptica y numerosísima, donde capitaneaban hombres de letras como Eugenio d'Ors y Francisco Pujols, al lado de artistas eminentes como Suñer, Casanovas, Canals, Carlos, junto con abogados, comerciantes e industriales, todos con su

violín d'Ingres más o menos intelectual, y presididos sin presidencia por aquel varón de tantos méritos y aquel amigo entrañable que se llamó el Dr. Joaquín Borralleras, nuestra peña, digo, al lado de otras peñas de viejos y jóvenes, de médicos, abogados y periodistas, fue en el período de la guerra mundial del 14 al 18 la peña del Ateneo por antonomasia y en nuestro grupo se cocieron y de allí salieron toda clase de iniciativas las cuales más de una vez trascendieron a la calle hasta llegar al propio Gobierno de la ciudad. Nuestros propósitos y nuestras ideas sobre la marcha del Ateneo llegaron a un punto de madurez y en el año 1919 decidimos dar la batalla: Nos apoderamos de la voluntad de las secciones, triunfamos en una Junta general y desde entonces la presidencia y la directiva de la casa dependió de nosotros. No reñimos con los viejos, ellos supieron perder y continuaron disfrutando de sus peñas, de sus discusiones y de todos nuestros repetos y simpatías. Al recordar tales incidentes no quiero silenciar el gesto elegante que marcó el final del predominio de aquellos señores. Don Miguel de los Santos Oliver hacía muchos años que era el primer funcionario de la casa y prestaba sus servicios en la secretaría general; pues bien, al cesar en su cargo varón tan ilustre por ocupar la dirección de «La Vanguardia», quisieron aquellos viejos venerables honrarle con la presidencia del Ateneo durante los cursos de 1917-18. Así, con la más alta investidura de nuestro mundo intelectual, se hacía justicia plena al valor de aquel hombre de múltiples méritos, cuya sola presencia en el sillón presidencial dignifica para siempre la historia de nuestro Ateneo. Establecimos que los presidentes durasen dos años en su mandato, y hasta 1936 se sucedieron Don Antonio Martínez Domingo, Don Pedro Rahola, el Conde de Lavern, que era vice-presidente y ocupó la presidencia cuando se produjo la Dictadura del General Primo de Rivera, Don Pompeyo Fabra, Don Jaime Massó y Torrents, Don Pedro Corominas, Don Fernando de Sagarra y de Siscar, Don Luis Nicolau d'Olwer, Don Eduardo Fontseré y Don Amadeo Hurtado. Ponderar lo que fue la vida de nuestro Ateneo durante aquellos 25 años me ocuparía horas en las que podría hablar largamente el elogio y el entusiasmo; ya he dicho que estos períodos del Ateneo me pertenecen, y lo que yo he visto y he vivido en él puedo colocarlo entre lo más intenso y lo más digno de mi existencia. Y esto por la cantidad de substancia intelectual que se vertió en esta cátedra, y por el gran número de figuras ilustres de España y de fuera de España que fueron nuestros huéspedes y nuestros amigos, y, sobre todo, por la vitalidad enorme de nuestras peñas y por el valor que supimos dar a la camaradería y al diálogo. Durante nuestra guerra y en octubre de mil novecientos treinta y seis, la Generalidad de Cataluña se incautó de nuestro edificio social agregando su biblioteca a las bibliotecas populares que había fundado la Diputación, dándole el título de Biblioteca de Barcelona. Funcionó con este nombre hasta el momento de la liberación, y en marzo de 1939 por disposición del

Gobierno fue autorizado el funcionamiento del Ateneo con nuevos estatutos aprobados por el Gobierno Civil de la Provincia bajo la presidencia del Excmo. General Don Ignacio de Despujol. Desde 1939 a 1952 rigió la Junta directiva presidida por el Consejero nacional e ilustre escritor y amigo mío Don Luys Santamarina. Esta Junta benemérita, con los medios que contaba, hizo lo que pudo para devolver el prestigio a nuestro Ateneo, y al final de su mandato empezó a limpiar y a restaurar lo que aquí empezaba a derrumbarse lamentablemente. Por fin, en 1952, entramos en el actual gobierno de la casa la Junta que preside el Ministro Presidente del Consejo de Economía Nacional, Excmo. Sr. D. Pedro Gual Villalbí, a cuya gran diligencia y amor al Ateneo debemos muchísimo de lo que estamos viviendo. Con la nueva junta recibimos un gran apoyo económico por parte del Ministerio de Información para realizar todas las obras que hemos llevado a cabo en este último período de ocho años. A mi querido amigo, el Excmo. señor Ministro de Información que nos preside en este momento, me cabe el honor de darle las gracias por todo lo que debemos a su constante interés, y ésta es, señores, la muy sucinta historia de los cien primeros años del Ateneo. Pero yo no podría acabar mi modesto relato sin este apéndice que responde a la actualidad. Yo no puedo negar la solemnidad del acto que celebramos; es evidente que estas paredes son las mismas del palacio del Barón de Savasona que hace más de medio siglo, con tanta pasión adquirieron los ateneístas. Poseemos, señores, una de las mejores bibliotecas de nuestro país cuyo contingente asciende a más de 140.000 volúmenes. Disfrutamos de subvenciones estatales, municipales y provinciales que nos permiten respirar económicamente, y, con todo, nuestro Ateneo no es el Ateneo de los primeros veinticinco años de mi condición de socio. La inmensa mayoría de las personas ilustres que daban prestigio y vida a nuestro local pertenecen todas al clima de los cementerios; aquellas figuras que no han sido sustituidas; sus descendientes, los que llevan su sangre, no comparten con nosotros el título de socio; una gran emigración de interés ciudadano hemos sufrido en los últimos años; nuestra ciudad ha crecido enormemente, pero nuestra riqueza moral ha decrecido en la misma proporción. Son muchísimos los que deberían figurar en nuestras filas de ateneístas y que en realidad, o nos ignoran, o nos tienen completamente olvidados. Ya sé, señores, que no somos los únicos en padecer este desvío; ya sé que los tiempos cambian y con ellos el gusto de las gentes. Son en España no pocos los círculos y Casinos que les pasa lo que a nosotros; se ha perdido entre las personas cultas las costumbres de los cafés, de las peñas, de las discusiones, de aquel inútil si ustedes quieren, pero sabrosísimo dialogar prescindiendo de los relojes que, además de un placer humanísimo, era un imprescindible alimento perfectamente civilizado. Hoy la prisa nos empuja a todos, y más que la prisa una gran falta de interés colectivo por todo lo que merece un respe-

to y una estimación. Nuestro Ateneo no es el de antes ni mucho menos; espiritualmente y materialmente somos bastante más pobres que hace 50 años. En diversas ocasiones he intentado abogar a favor del Ateneo Barcelonés y me he valido de la pluma para hacer públicas mis quejas; yo no creo que seamos uno de tantos casinos condenados a muerte porque lo imponen la moda o las costumbres. Sólo por la nobleza del palacio que nos acoge merecemos un poco más de interés; nuestra gran biblioteca es una viva realidad digna del mejor respeto, y poseemos, sobre todo, señores, una gloriosa historia en la que se vincula lo más eminente de un siglo barcelonés. Yo quisiera que este curso de nuestro centenario, y que hoy inauguramos, sirviese para algo positivo a favor del prestigio de esta Institución. Nuestro propósito es intentarlo con todas nuestras fuerzas, y ojalá, señores, fuese este año del centenario el año del vivo y eficaz renacimiento de nuestro Ateneo Barcelonés. He dicho. (Muchos aplausos.)

Palabras del Excmo. Sr. D. Gabriel Arias Salgado, Ministro de Información.

—Queda abierto el curso 1960-1961, curso del centenario, y como primer acto de él, vamos a proceder a la inauguración de la exposición del centenario, por artistas socios del Ateneo Barcelonés. (Aplausos.)



215 - V , vol II

MINISTERIO
DE CULTURA

